



Fotografía: Manuel Munive Maco.

María Eugenia Yllia Miranda

Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas de la Universidad Ricardo Palma

Sara Joffré González, figura imprescindible en el teatro latinoamericano es una de nuestras intelectuales más importantes del siglo XX. A fuerza de trabajo, disciplina y creatividad, logró hacerse un lugar en la reducida escena teatral limeña de los años sesenta y contribuyó a darle al teatro una dimensión nacional. Amante del debate y la polémica, su mente audaz e incisiva encontró en la escritura el vehículo para rebelarse ante lo establecido y expresar sus ideas como principio de vida. Dramaturga, directora, crítica de teatro, editora, traductora, investigadora, actriz, poeta y gestora de proyectos teatrales propios y ajenos a los que dedicó de forma incondicional su vibrante energía.

*En el jardín de Mónica*, obra escrita en 1961, marcó el inicio oficial de su carrera como dramaturga, al ganar el premio del *Internacional Theatre Institute ITI* y una bolsa de viaje a Inglaterra financiada por el *British Council*. Su estreno mereció la atención de *Ciro Alegría* quien elogió su “dramática intensidad y las bellas imágenes poéticas”, en una crítica teatral, acaso la única que escribiera el connotado escritor. En esa pieza ya se advierte su interés por un tópico al que, como dramaturga, consagró profunda reflexión y que es clave para entender el desarrollo de su pensamiento: la niñez.

Este tema adquirió un nuevo horizonte cuando junto a otros colegas fundó *Homero Teatro de Grillos*. Como parte de este legendario colectivo adaptó cuentos clásicos para niños con la finalidad de llevarlos a nuestra escena local. Sara recordaría su propia niñez como fundamental en el desarrollo de su vocación y de su vida, quizá por ello trató de volcar lo mejor de sí misma en los más pequeños. Siempre con los pies puestos sobre la tierra, a través del teatro, peleó por dar un espacio especial a los niños y ofrecerles no solo sano entretenimiento sino una tribuna en la que se promoviera sus derechos a tener una vida digna y a ser felices. Siguiendo sus ideales se embarcó en cada actividad de teatro escolar en la que fue invitada y apoyó con ahínco las iniciativas más sencillas y modestas a las que se le convocaba. Durante muchos años, Sara se trasladó a los diversos distritos de Lima, visitó ciudades y pueblos de todo el país, conoció a profesores y a niños con los que siempre se sintió en perfecta sintonía y a los que contagió sus sueños. Esta labor le permitía tomarle el pulso a nuestra sociedad, nadie mejor que ella podía tener una visión más clara del país y de sus contradicciones.

Como dramaturga estaba convencida de que el teatro servía para la vida; no era suficiente ver y disfrutar una función de teatro, lo más importante era fomentar un pensamiento propio y crítico frente a la sociedad. En ese sentido sus obras trataron temas sin temor a la polémica, escribió sobre el aborto, la inocencia, la dignidad, el desamor, la violencia

doméstica, el maltrato infantil, la injusticia social, pero también sobre la esperanza y la vida. En muchos casos se inspiró en personajes cuyas biografías de algún modo encarnaban todas estas condiciones, como sus heroínas Camile Claudel, Flora Tristán, Elvira, la hija de Lope. Como dramaturga su obra alcanzó una dimensión internacional siendo muy reconocida en Argentina, España, Brasil y Cuba.

Sara se sintió profundamente conectada con la obra del dramaturgo alemán Bertolt Brecht cuyo talento y manera clara de ver la vida, como ella misma decía, admiró. Desde los años setenta realizó talleres para difundir su obra, se encargó de llevar sus piezas a escena, lo emuló a través de su propia dramaturgia, le dedicó exposiciones e investigó su influencia en el medio local. Sara fue miembro de la Asociación Internacional Bertolt Brecht con sede en Estados Unidos.

Su temprana estadía en Europa afianzó en ella la idea de fomentar la existencia de un teatro peruano, iniciativa que se materializó en 1974 con la Primera Muestra de Teatro Peruano organizada por Homero Teatro de Grillos en su histórico local de Bellavista, Callao. En su afán de buscar al autor peruano, Sara difundió la obra de escritores nacionales como Sebastián Salazar Bondy, que inspiró algunas de sus ideas. Consciente de la necesidad de establecer los cimientos de esta actividad en nuestro medio, motivó a jóvenes que se iniciaran en esa actividad y durante décadas editó sus obras. Primero lo hizo desde Homero Teatro de Grillos y luego a través de la revista *Muestra* que por más de catorce años acogió el trabajo de noveles autores. Sara imponía disciplina en todo lo que hacía y era implacable con aquellos que no tenían esa misma capacidad de entrega. Su mente incisiva, expresó libremente sus ideas aunque estas le causaran en muchos casos dificultades y no contribuirían exactamente a abrirle las puertas.

Otro de sus aportes fue el de promover y difundir el ejercicio de la crítica teatral, una actividad que en nuestro medio antes de ella era poco atendida. Sara no solo hizo crítica de teatro y colaboró en diversos medios sino que realizó incansablemente talleres dirigidos a estudiantes. Su objetivo era motivar en cada uno de ellos a entender la carga de la realidad, a aprender a indignarse y discrepar; también enseñó que la pasión sin disciplina no conducía a nada. Reconoció el potencial de la juventud y le dio el espacio siempre que pudo, nunca se cansó de leer sus obras. Desde el año 2010 apostó por el taller de crítica teatral sanmarquina en su casa de estudios donde apoyó la creación de un *blog* como forma de autogestionar un espacio de expresión.

Siempre pensando en el teatro peruano, Sara investigó y difundió la extensa obra crítica de Alfonso La Torre a la que dedicó su tesis de licenciada en Arte presentada a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Reconoció en él a una figura clave en la historia del teatro peruano por ser el único crítico que se mantuvo por más de cuarenta años expresando su opinión en la prensa escrita, actividad que ella misma documentó y editó.

Fue una intelectual libre, nunca dependió de ninguna institución para alcanzar sus metas. Su brillante carrera teatral fue desarrollada en paralelo a su trabajo en la Compañía Peruana de Teléfonos en la que permaneció por treinta y cuatro años. Se sentía orgullosa de nunca haber renunciado a sus sueños.

Siempre lúcida y profunda. Sara era una maestra natural comprometida con el teatro pero principalmente con la vida. Fue madre, abuela, cómplice feliz y entrañable de muchos sueños e historias que permanecen en cada una de las personas cuya luz alcanzó.